

Compañía

27 de enero de 1979

Por Sergio Avilés

(ESCENARIO: un departamento pequeño, de una sola habitación. En el centro hay una mesa redonda con dos sillas; a mano derecha están la estufa y el refrigerador. Hay un fregadero casi oculto detrás de la mesa y a mano izquierda se sitúa la sección dormitorio: una cama provista de su mesita de noche con lámpara para leer y varios libros encima. Seguramente para no resentir las levantadas, entre el comedor y la cama tiene un tapete, al fondo del cual se halla un librero repleto.)

A manera de ángel guardián, pero vestida de civil, sobre el respaldo de la cama, colgando alto en la pared, está una foto de ella montada en madera, de cuerpo completo y tamaño natural, en blanco y negro. Esta fotografía y su corolario: un póster de Farrah que cuelga sobre la estufa, con un gorro de cocinera con la inscripción LE CHEF cortado en papel y sobrepuesto, forman la decoración del lugar. Al fondo del lado derecho, ya de salida, un paisaje cálido penetra por la puerta abierta de la terraza: lo encabeza el Cerro de la Silla y, en primer plano parte de un naranjo.

Un montón de ingredientes cubren ahora la mesa, harina, polvo de hornear, naranjas, nueces, leche y huevos, acompañados de algunos cascarones. Detrás, un hombre joven, de 26 años calculados al azar, vestido en pijama y pantuflas de cuadritos y bata, bate algo en una olla. Parece disfrutar de la música; un vals de Strauss que surge de algún lado.)

Espero que esta vez me acuerde de poner la levadura y no se me ocurra utilizar un molde de plástico. ¡Qué bruto! Debería escribir cien veces El plástico se derrite con el calor... El plástico se derrite... (hace ademán de espantarse una mosca de la cara.) ¿Dónde dejaría los cerillos? (Va hacia la cama, se detiene entonces y vuelve a espantarse la mosca. Regresa y toma un matamoscas de encima del refrigerador; lentamente y como buscando, se pasea por la cocina. Finalmente, se decide a meter el matamoscas dentro del horno. Continúa buscando los cerillos hasta encontrarlos en la mesita de noche. Enciende el horno y retira sorprendido el matamoscas.)

¡Aquí estabas! (Al matamoscas) ¿Por qué dentro de la estufa? Para que las moscas no te destruyan cuando yo no esté. (Lo deja sobre la mesa y mete el pastel en el horno, en la misma olla en que estaba batiéndolo. Luego, se sienta en una silla a esperar... de pronto, descubre algo que vuela a su alrededor y se para de un salto, con el matamoscas en la mano, a la expectativa. No ve nada y vuelve a sentarse, aún tenso y esperando.)

No me gustan esos pasteles que se hornean al revés. Se meten a cocer en el molde y una vez listos se voltean. ¡Es un insulto para la levadura! (Vuelve a espantarse la mosca) ¡Esa mosca me tiene frito!

(Pasa otro rato, sumido en la silla y meditando en silencio hasta que el retrato de ella cae, asustándolo y sumiendo a la habitación en la quietud completa, sin música.)

¡Vaya pues! Primero el original se me va de viaje y tres meses después su rerato pretende seguirla. (Al retrato) Vete entonces. Al fin que me encanta recibir cartitas llenas de faltas de ortografía que me digan. ¡Hola, mi amor! Aquí nace tanto frío que los grillos hacen ¡Brrrrr! y adivina qué: No hay moscas!... No hay moscas ¿He? (Imagina que atrapa la mosca en el aire y la pone en un sobre imaginario también, bruscamente.) Pues aquí te mando una por correo aéreo y con todo mi... odio. ¿Odio o amor? ¡Qué sé yo! Te quiero porque te fuiste y te odio por no estar aquí.

Mira mi departamento, ¿Quieres? Apenas completaste un año en él y ya son éstas tus cosas: Tus cortinas, tus flores, tu almohada... Dejaste un rastro fácil de ver. (Burlón) Como las babosas el jardín.

¿Y que obtuve a cambio? Un poco de amor pero, ¿quién lo sabe valorar. Me refiero a cosas prácticas: me enseñaste a hornear moldes de plástico; aprendí a lavar mis platos y a comer fideos. Soy un hombre, puedo comer y tiendo mi cama (efectivamente, está tendida.) ¡La liberación de la mujer! ¡Hay que librarnos de ellas!

Ahhh... Tus besos. Tal vez te perdono por ellos. Además, solo tú sabes cocinar los huevos revueltos que me gustan: batidos antes, a fuego muy lento, no muy cocidos y sin sal. (Vuelve a espantarse la mosca) ¡Esa mosca!

No necesitas mandarme cartas de amor. Como consejo: nunca creas una palabra de amor si no te la dicen al oído.

Estás muy lejos. Yo lo sé. ¿De dónde obtengo el cariño para soportarlo si nunca he querido tener una mascota? Esa sí que es una buena pregunta pero... ¡Mi pastel! (Se levanta rápidamente a sacarlo del horno. Lo pone sobre la mesa y lo mira con orgullo, pues parece que ya le atinó a la receta.)

¿Sabes qué? Parece que al fin he aprendido. ¿Al fin? /No! Esto es el principio. Mira, está bien esponjado; es una obra maestra. Y bronceadito de arriba como tu ombligo en la playa.

Con que, ¿Por qué no tengo una mascota? ¡La tengo! ¡Si la tengo! (una vez más se espanta la mosca) ¡Esa mosca me está aburriendo! No es cierto, aburriendo no. Me entretiene y mucho. ¿Has pensado que una mosca puede significar... compañía?

Si voy a mi cama me sigue a mi cama para dormir conmigo, allí echada a mis pies. ¡No me vaya a resfriar! Si estoy cocinando, juega a hacerme cosquillas en la nariz o el cuello. ¡Es tan juguetona! No entiende que estoy trabajando o si lo entiende y por ello vuela en silencio.

Dicen que es muy sucia, pero es cuestión de cultura. ¿Cada cuándo bañas a tu perro y ¿cuánto vive una mosca? ¡No les alcanza la vida para tomar un baño!

Lo que pasa es que no las observamos bien: ¿Sabes si para pararse en el techo gira sobre sí misma a lo largo o hace un loop como los aviones de guerra?

Mírala ahora, parada allí sobre mi pastel, viéndome con esos ojos tristes de largas pestañas como diciéndome "dame" y si sonrío, agita sus manos gritando ¡Qué bueno, qué bueno! ¿cómo? (Acercándose al pastel para observar a la mosca más de cerca.) También agitas las patas de atrás? Con calma, que sólo te daré una rebanada pequeña, y tendrás que ganártela. (En broma, toma el matamoscas a manera de espada y lo esgrime por toda la habitación, lanzando estocadas y cubriéndose.) ¡Lucha por ella! (De pronto, cae de rodillas en el suelo y a gatas, busca a la mosca, probablemente herida.)

¿Estás bien?? ¿Te lastimé? Comprendo que no debería jugar con armas mortales pero... ¡Vamos, te daré doble rebanada de pastel! (La mosca alza el vuelo y él la ve, asombrado pero contento.) ¡Tramposa! ¡Bien que me conoces! (Pasa un momento de rodillas como en trance. Se está llevando a cabo una transformación, como si el sentimiento le estuviera llegando finalmente al corazón, después de que lo racionalizó el cerebro. Cuando se levanta, hay un cambio de iluminación y la música vuelve, pero esta vez es triste: "Sueño de amor" de Liza. Regresa hacia el retrato de Ella y lo mira melancólico; luego, con aire cansado, suspira y le habla.)

No, no te necesito. Tengo compañía. (Va a sentarse, lentamente y con pasos viejos. Medita en su silla unos instantes. La mosca, mientras tanto, se ha parado en una esquina de la mesa redonda. El la observa y sin mover más que el brazo, en actitud inercial, la mata de un fuerte golpe.)

TELON